

HOMILÍAS DOMINICALES

TIEMPO DE CUARESMA

CICLO B

Miércoles de Ceniza

“Tengan cuidado de no practicar sus obras de piedad delante de los hombres.”

Con esta frase Jesús nos invita a practicar obras de piedad para nuestro crecimiento espiritual. En el pasaje del Evangelio, Jesús nos habla de tres obras: ayuno, limosna y oración. La Iglesia nos invita a practicarlas con ahínco en este tiempo cuaresmal, para poder vivir con mayor fruto la alegría pascual.

Jesús nos habla del ayuno, que no es privarnos de lo superfluo, sino de lo necesario, como es el alimento. Al no comer y sentir hambre, vencemos el ego y descubrimos que existe alguien además de nosotros: nuestros semejantes y Dios.

La Iglesia nos pide que hagamos una sola comida el día hoy y el Viernes Santo, y que todos los viernes de Cuaresma nos privemos de la carne o que realicemos otra mortificación u obra de piedad.

Jesús también nos habla de dar limosna. Frente a la tentación de buscar únicamente el dinero, de que las riquezas sean lo más importante, nos invita a desprenderos de nuestros bienes para poner en primer lugar a Dios, y para ayudar a nuestros semejantes.

La limosna consiste en ayudar a los semejantes económicamente, pero al hablar de ella también se comprenden las otras obras de misericordia: podemos dar de comer al hambriento con lo que nos privamos en el ayuno, dar techo a quien no lo tiene, vestir al desnudo, visitar a los enfermos y a los presos y enterrar a los muertos.

Finalmente, Jesús nos hala de la oración. Si descubrimos que hay alguien más, que es Dios, y lo ponemos por encima de todas las cosas, buscaremos platicar con él. Hablarle y, sobre todo, escuchar lo que nos tiene que decir.

Con hambre y los bolsillos vacíos, queremos llenarnos de él, de sus palabras de vida eterna; buscaremos convertirnos, volver el rostro hacia él presente en los sagrarios.

Estas obras de piedad debemos hacerlas no porque sea una costumbre social, hoy cada vez más desarraigada, o porque queremos que los demás nos vean y digan que somos buenos cristianos. Como lo acabamos de leer en el Evangelio, hay que practicar esas obras sólo por agradar a Dios que ve en lo secreto, y que nos recompensará.

Jesús nos pide privarnos de la gloria del mundo, y del reconocimiento social. Nos pide dejar a un lado la soberbia; ser humildes, que no es otra cosa que ser conscientes de lo que realmente somos.

La ceniza que se nos impondrá tiene ese sentido. Cubrirnos simbólicamente, para que los demás no nos vean el rostro; que sólo lo vea Dios que ve en lo oculto. Es esconder nuestro brillo a los demás, y sólo mostrarles lo somos y lo seremos: polvo, como dice una de las fórmulas de imposición de la ceniza.

El día de las cenizas la Iglesia toca la trompeta que anuncia la llegada del tiempo del ayuno, de las reuniones de oración, del encuentro con los demás en las obras de misericordia, y de pedirle todos al Señor que perdone a su pueblo, como escuchamos en la primera lectura.

La humildad nos hará conscientes de que somos pecadores, y a arrepentirnos de nuestros pecados. Como pide san Pablo en nombre de

Cristo, en la Cuaresma somos llamados a reconciliarnos con Dios; a pedirle a Dios que nos lave bien de nuestros delitos y que nos purifique de nuestros pecados, como se dijo en el salmo. Es una invitación para que en este tiempo hagamos una confesión contrita que nos haga convertirnos y creer en el Evangelio, como dice otra de las fórmulas de imposición de la ceniza.

La ceniza que se nos impondrá va a desaparecer rápidamente. El viento, el agua, un paño o nuestra mano la quitarán. Se perderá en la inmensidad del mundo. Eso sucederá con nuestro cuerpo una vez que muramos. Busquemos unirnos a lo que no es polvo, a lo que no es ceniza, que es Dios, que vive desde siempre y para siempre.

Te pedimos, Señor, que en esta Cuaresma te encontremos a ti, que nos unamos a ti, que no eres polvo como nosotros; que en el hambre, en la ayuda a los necesitados, y en la oración te encontremos a ti; que no busquemos el reconocimiento de los demás, sino la alegría de unirnos a ti vives y reinas por siempre.

I Domingo de Cuaresma

“El Espíritu impulsó a Jesús a retirarse al desierto”

La Iglesia ahora nos invita a ti y a mí a retirarnos al desierto. En eso consiste la Cuaresma. En estar en el desierto como Jesús y con Jesús. Ahí es más fácil encontrarlo, porque está solo.

Jesús se retiró al desierto para preparar su predicación, su pasión, muerte y resurrección, con las que haría la “alianza nueva y eterna”, como nos recuerdan las palabras de la Consagración.

Antes de esa alianza, Dios hizo otras. Una de ellas es la que escuchamos en la primera lectura. Después de purificar la tierra por medio del agua, puso el arcoíris en el cielo como signo de su alianza.

El arcoíris se observa porque la luz pasa a través del agua. Dios es la Luz. En la Vigilia Pascual queda esto muy claro al encender el cirio como signo de la resurrección, y al decir “Luz de Cristo” al mostrar el cirio. El cirio pascual encendido se sumerge al agua para bendecir la fuente bautismal en la vigilia. Es la Luz de Cristo pasando por el agua, como en el arcoíris.

La alianza hecha en tiempos de Noé no era más que una figura del bautismo, como explicó san Pedro en la segunda lectura. El agua del diluvio purificó mediante la muerte. En cambio, el agua del bautismo nos salva, nos purifica dándonos la vida de la gracia.

En un origen, la Cuaresma era el tiempo en el cuál los que querían bautizarse, los catecúmenos, se preparaban intensamente para ser inmersos en el agua y volverse cristianos. Era un camino de conversión y de renovación interior.

A esta preparación se unían los que estaban ya bautizados, para recordar que ser cristianos consiste en hacerse cristianos nuevamente. Ser cristianos no debe agotarse en el bautismo, sino implica continuo ejercicio por identificar nuestro ser con Cristo.

Jesús fue al desierto porque ahí no hay nada. Ninguna distracción que interrumpiera un diálogo continuo con su Padre por medio del Espíritu. Se fue a orar. En la Cuaresma, la Iglesia nos invita a intensificar la oración. A preguntarle al Señor en qué quiere que nos convirtamos, qué quiere que cambiemos de nuestra vida para identificarnos más con él, para renovar nuestro deseo bautismal de configurarnos con él.

En esta Cuaresma procura hacer diario un rato de oración. Jesús nos llama a la conversión, como escuchamos en el Evangelio. Lee despacio la Escritura y pregúntale a Jesús: en qué quieres que me convierta, qué quieres que cambie de mi vida para identificarme más contigo, para ser más cristiano. Con el salmo que escuchamos, dile: descúbreme, Señor, tus caminos, guíame con la verdad de tu doctrina. Y pídele su ayuda para que puedas llevar a tu vida lo que él te sugiere.

En el desierto Jesús fue tentado por Satanás, como escuchamos. Jesús rechazó la tentación. En el bautismo nosotros mismos, o nuestros padrinos en nuestro nombre, rechazamos a Satanás y a todas sus tentaciones. Sin embargo, muchas veces nos dejamos seducir por el mal. En la oración pídele perdón por todas las veces que has sucumbido, e implora su gracia para que no te deje caer en tentación, como le repetimos en el Padrenuestro.

La Cuaresma tiene el carácter de itinerario bautismal. Uno de los efectos del bautismo es el perdón de los pecados. Como después del bautismo podemos cometer nuevos pecados, Jesús nos dejó el sacramento de la

penitencia para poder perdonarlos. En este camino bautismal, acude a la confesión para pedirle perdón a Dios por tus pecados. Aquéllos que descubriste en la oración, y por los que le pediste perdón a Dios, te quedarán perdonados por su infinita misericordia.

Suele decirse que hay que hacer visitas periódicas al médico, y al dentista para conservar la salud; o que hay que llevar cada determinado tiempo el automóvil al mecánico, para mantenerlo en óptimas condiciones. De la misma forma, como cristianos necesitamos un tiempo periódico de revisión de nuestra vida. Este es el sentido de la Cuaresma: conversión.

Jesús vivió cuarenta días en el desierto solo. Sin las multitudes que lo rodeaban. En estos cuarenta días cuaresmales búscalo. Con la confesión, el ayuno y las obras de misericordia te va a ser más fácil acercarte a él, platicar con él, decirte tocar por él para sentir su amor y su ternura.

Te pedimos Señor, que las prácticas cuaresmales nos permitan conocerte más para cambiar nuestra conducta y asemejarla a la tuya, para ser más y más tuyos, para que nuestra vida sea un arcoíris, para que nuestro ser sea traspasado por tu luz y así seamos símbolos de tu alianza nueva y eterna.

II Domingo de Cuaresma

“Jesús tomó aparte a Pedro, a Santiago y a Juan, subió con ellos a un monte alto”

En las Escrituras los montes representan el lugar de la máxima cercanía con Dios. En la Cuaresma, la Iglesia nos invita a subir al monte, a tener una proximidad con Jesús, a encontrarlo y a conocerlo más. Ese ascenso espiritual se hace a través de la liturgia y de la oración.

En el monte Tabor Jesús se transfiguró, es decir, cambió su apariencia. Los tres discípulos pudieron notar que su rostro se iluminaba y que sus vestiduras se pusieron esplendorosamente blancas, con una blancura que nadie puede lograr sobre la tierra, porque sólo él es la Luz.

Aparecieron dos personas que en el Antiguo Testamento habían subido a otros montes: Moisés, quien ascendió al Sinaí para recibir la Ley, y el profeta Elías que subió al Carmelo y al Horeb. Aparecieron para manifestar que Jesús era el culmen de la ley y de los profetas. Así, los tres discípulos pudieron entender algo más sobre Jesús, y experimentar el gozo de su gloria, pues el mismo Pedro dijo “qué a gusto estamos aquí”.

Jesús quiso transfigurarse frente a Pedro, de Santiago y de Juan, para que la luz de su rostro los iluminara y les diera esperanza cuando fuera llevado a otro monte, el Gólgota, en donde su rostro se desdibujaría por los golpes y por la sangre, y donde sería despojado de sus vestiduras.

Una figura del sacrificio del Calvario se desarrolla en otro monte, como leímos en la primera lectura. Ahí subió Abraham, siguiendo el mandato de Dios, para sacrificar a su hijo. Abraham obedeció a Dios, amarró a Isaac y se disponía a degollarlo cuando un ángel detuvo el sacrificio.

En vez de sacrificar a Isaac, Abraham ofreció un carnero. Esta ofrenda, sin embargo, fue imperfecta. El sacrificio perfecto, puro y santo se consumaría posteriormente en el Gólgota, en donde el Cordero de Dios, amarrado a una cruz, se ofrecería en lugar de Isaac, en lugar de ti y en vez de mí.

Al subir al monte, seguramente Abraham no entendía que Dios le pidiera sacrificar a su hijo, a quien él le había prometido y dado. Pero obedeció. Como lo hizo Jesús quien, a pesar de pedirle a su Padre en otro monte, el de los Olivos, que apartara el cáliz, le decía que ante todo hiciera su voluntad. Y, como leímos en la segunda lectura, el Padre “no nos escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros”.

En el salmo leímos: “de la muerte, Señor, me has librado”. A Isaac Dios lo libró de morir en un sacrificio. Jesús fue librado de la muerte mediante la Resurrección, y con ello nos libró de la muerte eterna a todos nosotros, el pueblo que ganó por obedecer.

Al final de la transfiguración, el Padre les habla a Pedro, Santiago y Juan y les dice: “Éste es mi Hijo amado; escúchenlo”. Y lo mismo nos pide a nosotros, escuchar a su Hijo, que es la Palabra que Dios. Escucharlo para obedecer lo que nos enseña, como hizo Abraham.

Así como Pedro, Santiago y Juan se prepararon para la pasión subiendo al Tabor con Jesús, en la Cuaresma la Iglesia nos invita a prepararnos para el recuerdo anual de la pasión, muerte y resurrección del Señor subiendo al monte, al lugar de la máxima cercanía con Dios.

Los montes referidos en la Escritura apuntan hacia los templos. Cada iglesia es un nuevo monte, un nuevo espacio de máxima cercanía con Dios,

pues ahí está su altar y, sobre todo, ahí se encuentra realmente presente Jesús en el sagrario.

La liturgia nos eleva espiritualmente al monte santo de Dios. Levantamos el corazón, decimos al inicio de la plegaria eucarística. Procuremos que no sea una simple repetición de palabras, sino que sea un momento en el que elevemos el corazón, en que dejemos las cosas de la tierra para solo concentrarnos en él.

En cada Misa nos iluminarnos con la luz del rostro de Jesús. Con la lectura del Antiguo Testamento descubrimos cómo Moisés, y Elías, junto con todos los profetas, patriarcas y reyes hablan de Jesús. Con la lectura el Evangelio se nos revela a Jesús como el Hijo amado del Padre. Escuchamos atentos sus enseñanzas, siguiendo el mandato del Padre: “escúchenlo”.

En cada Misa se renueva el sacrificio de Jesús en el Calvario, prefigurado en Abraham. No es una repetición. Es una renovación. La liturgia nos transporta en el tiempo y en el espacio al Calvario.

Por las palabras de la Consagración, Jesús se hace presente en el altar. Y con él, por él y en él, ofrecemos al Padre por medio del Espíritu Santo el sacrificio puro, inmaculado y santo, para alabar, dar gracias, y pedir por nuestras necesidades y las de toda la Iglesia.

En esta Cuaresma podemos preguntarnos: *¿cómo vives la Misa? ¿Escuchas lo que el Antiguo Testamento dice de Jesús? ¿Cumples la indicación de Dios Padre de escuchar a Jesús? ¿Participas y te das cuenta de que estás presenciando el sacrificio de Cristo al Padre? ¿Vienes solo a ver a los demás y a ser visto?*

Te pedimos Señor, que esta sea una Cuaresma muy Eucarística. Que nos preparemos para la conmemoración anual de la Pascua participando de tu altar con más fervor y devoción. Que escuchemos atentamente lo que las Escrituras dicen de ti, y lo que tú nos quieres decir en el Evangelio. Que la comunión de tu Cuerpo y de tu Sangre, ofrecidos por nosotros, nos iluminen con la fe, esperanza y caridad para celebrar con más fruto la Pascua.

En el salmo se presenta a Jesús como el que hace la voluntad, como el esclavo. Pero también como el “hijo de tu esclava”. A la esclava del Señor, a Santa María, le pedimos que nos ayude vivir esta Cuaresma muy cerca de su Hijo a través de la Misa.

III Domingo de Cuaresma

“No conviertan en un mercado la casa de mi Padre”

Les dice eso Jesús a los vendedores que se encontraban en el templo, mientras los echaba y tiraba las monedas de los cambistas. Ellos habían trastocado el fin del templo. En vez de ser un lugar de oración, lo habían convertido en un espacio mercantil. Parecía que era más importante comprar que orar y encontrarse con el Señor.

Salomón, siguiendo los deseos de su padre, David, construyó el templo que fuera la Casa del Señor Dios (1 Cron 22, 1). El templo había remplazado a la Tienda del Encuentro, el lugar en donde la gloria del Señor (*shekinah*) se manifestaba (Ex. 25,22) pero seguía siendo el espacio en donde podían acercarse más a Dios.

A Jesús, lo devoraba el celo por la casa del Señor, como dice el salmo 69, y por ello quiso purificarlo, expulsar a los mercaderes. Pero a la vez, al ser cuestionado sobre su autoridad para hacerlo, Jesús se identifica con el templo. La presencia de Dios no era ya simbólica en el Santo de los Santos, sino que era real en él. Es Dios hecho hombre y presente.

San Pablo sigue sobre esta idea y dice que nosotros somos templo de Dios (1 Cor 3, 16-17). Tu y yo somos templos de Dios, lugares en donde habita el Espíritu. Eso lleva a preguntarnos si nuestra vida es un lugar en donde Dios habita y se manifiesta a los demás, o si hemos desviado su función, si nos hemos olvidado de Dios, y los negocios y las riquezas son nuestra prioridad.

La Cuaresma es el tiempo propicio para hacernos esa pregunta. Si nuestra vida no es un lugar digno para que habite Dios, podemos pedirle a Jesús que lo purifique, como hizo con el templo.

Antes del exilio a Babilonia, en el templo se encontraba el Arca de la Alianza. Y dentro del arca se encontraban las tablas de la Ley que el Señor promulgó para su pueblo, y que son luz para alumbrar el camino, como escuchamos en el salmo. De la misma forma, en nuestros corazones que son templo, se encuentra grabada la ley de Dios. Por eso tenemos conciencia.

Estos preceptos no son limitaciones, sino indicaciones para la libertad. El decálogo nos muestra el camino a seguir para vivir en la libertad de los hijos, y no en la esclavitud del pecado. Son un sí al Amor.

Escribió San Agustín que “Dios escribió en las tablas de la Ley lo que los hombres no leían en sus corazones”. Por si no podemos leer nuestro corazón, la primera lectura de hoy nos recuerda los mandamientos de la ley de Dios, para que hagamos un examen de conciencia.

Hoy podemos leerlos, preguntándonos si los cumplimos. ¿Amas a Dios sobre todas las cosas? ¿Amo a los demás, perdonándolos, comprendiéndolos, ayudándolos y no juzgándolos? ¿Juro? ¿Asisto a Misa los domingos y fiestas? ¿Honro a mis padres? Y así, con cada uno de los mandamientos podemos preguntarnos si los vivimos.

Hazte estas preguntas en presencia del Señor. Pídele que ilumine en este examen de conciencia, porque él sabe lo que hay en el hombre, como leímos en el Evangelio. Él sabe lo que hay en ti y lo que hay en mí. Él puede enseñarnoslo en el silencio.

Por todo lo que hayamos fallado, hay que pedirle a Jesús que purifique nuestro templo, nuestro ser. Primero con un acto de contrición y de arrepentimiento, pero luego acudiendo al mismo Jesús en la confesión. Confesamos nuestras faltas ante un sacerdote, pero él no es más que un

instrumento que le presta su voz a Jesús para decirte: “yo te absuelvo de tus pecados”. No te absuelve el sacerdote, sino el mismo Jesús. Al escuchar que te perdona, vas a sentir reconfortada el alma, como escuchamos en el salmo.

Después de la confesión, acude a la Eucaristía. Ahí está realmente Jesús. En él encontraras la fuerza para seguir adelante. Una fuerza que es más fuerte que la fuerza de todos los hombres, como escuchamos en la segunda lectura.

La Cuaresma es un tiempo de purificación y de fortalecimiento espiritual. Con una confesión contrita, bien preparada, en la que hagamos un propósito de cambiar, y fortaleciéndonos con la comunión, viviremos con más fruto los días en que conmemoraremos la pasión, muerte y resurrección del Señor.

En el rosario llamamos “Arca de la Alianza” a Santa María, porque dentro de ella se encuentran no solo los símbolos de la presencia de Dios, sino el mismo Dios. A ella le pedimos que interceda por nosotros para que esta Cuaresma sea un tiempo de purificación interior, que es templo de Dios.

IV Domingo de Cuaresma

“Tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea en Él tenga vida eterna”

Con estas palabras Jesús se compara con la figura que levantó Moisés en el desierto. En el Antiguo Testamento se nos relata que el Señor envió serpientes abrasadoras en contra del pueblo de Israel, porque habían hablado en contra de Dios. Cuando el pueblo se arrepintió, el Señor le pidió a Moisés que fabricara una serpiente y la colocara sobre una asta, para que se curara todo el que la mirara (Nm 21, 4-9).

La serpiente puesta sobre una asta, le explica Jesús a Nicodemo, era un signo de que ya no una figura de bronce, sino una persona, -el Hijo del hombre- sería puesto sobre un palo -la cruz- para que todo el que lo vea con los ojos de la fe, para que todo el que crea en él, se salve.

Jesús revela así que la salvación está cerca, y nos invita a poner la mirada en ella. En su cruz, y en su resurrección, cuya conmemoración anual es muy cercana: faltan dos semanas. Y por esta proximidad, nos alegramos, como dice la antífona de entrada de este día, que le ha dado el nombre *laetare*, alégrate, a este domingo. Una alegría que atenúa un poco la sobriedad cuaresmal. Hoy pueden usarse ornamentos rosas, y colocarse algo de flores porque nos alegramos pues la salvación está cerca.

La salvación era necesaria porque la humanidad había, y hoy sigue multiplicando sus infidelidades, practicando abominaciones, manchando la casa del Señor y despreciando a los mensajeros de Dios, como escuchamos en la primera lectura.

Todas las infidelidades, como leímos, conducen al cautiverio. Es la esclavitud del pecado. Hay que ser conscientes de esta realidad que conlleva cada pecado, para evitar caer en la tentación y encadenarnos.

Señor, te pedimos que cuando desgraciadamente te ofendamos, que sintamos la nostalgia de la que habla el salmo, las ganas de llorar, y la imposibilidad de cantar alegremente, porque nuestra relación contigo se ha roto.

De la esclavitud del pecado no podemos salir nosotros mismos por nuestras obras, como escuchamos en la segunda lectura. Necesitamos un libertador, alguien que decreta que la opresión ha finalizado, como hizo Ciro.

A pesar de nuestras infidelidades, la misericordia de Dios fue más grande, como escribió San Pablo. Dios nos amó tanto, que nos entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna, como escuchamos en el Evangelio.

Jesucristo fue enviado no para condenarnos por nuestros pecados, sino para salvarnos, hemos leído. A esta obra salvífica debemos unirnos prefiriendo la luz sobre las tinieblas. Preferir las tinieblas significa obrar mal. En cambio, quien obra mal prefiere las tinieblas, y quien obra el bien conforme a la verdad, se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios.

Jesús nos invita a hacer obrar el bien, a realizar acciones que queremos que vea él. Nos invita a realizar obras de la luz. La Luz es Dios. La característica divina que hoy nos presenta el Evangelio es que ama tanto al mundo. Por tanto, nos invita a amar al mundo, a amar a nuestros semejantes con obras concretas.

En esta Cuaresma podemos preguntarnos, ¿estoy amando a mis semejantes con obras concretas?, ¿cómo estoy tratando a mi familia, y a mis amigos?, ¿cómo trato a los que no son mis amigos, incluso a los que te han hecho el mal?, ¿buscas vengarte, hacerles el mal?

Nicodemo, este hombre notable entre los judíos, fue a retirar el cuerpo de Jesús tras su muerte, y llevó una mezcla de mirra y áloe (Jn 19, 39), para amortajar el cadáver. Cuando alguien muere, ¿tú haces obras de misericordia? ¿Acompañas a los que sufren la pérdida de un ser querido y buscas consolarlos? ¿Los ayudas en sus necesidades materiales?

La Cuaresma nos invita a intensificar la práctica de las obras de misericordia, a manifestar nuestro amor a nuestros semejantes, como Dios que amó tanto a los hombres que envió a su propio Hijo para salvarnos.

Instruir, aconsejar, consolar, confortar, dar de comer, dar techo, vestir, visitar, enterrar. Concédenos, Señor, que estos verbos los conjugemos en primera persona; que los conjugemos porque los practicamos, no porque simplemente los decimos; que en esta Cuaresma dejemos la vida de las tinieblas, que sintamos nostalgia por volver a ti, y que en ti y por ti practiquemos las obras de amor a los demás, que son propias de ti.

A Santa María, causa de nuestra alegría, como la llamamos en las letanías, en la que se hizo carne el Enviado del Padre, a la que tiene ojos misericordiosos, le pedimos que nos enseñe el camino del amor a nuestros semejantes.

V Domingo de Cuaresma

“Quisiéramos ver a Jesús”

Esta es la petición que hacen unos griegos anónimos a Felipe. Tras comentarlo con Andrés, le transmiten la petición a Jesús. La respuesta de Jesús es enigmática. No lo permite o lo prohíbe explícitamente. Les responde que el si el grano de trigo muere produce fruto.

Al final del relato dice Jesús: “cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí”. Así, Jesús acepta ser visto no solo por esos griegos, sino por todos, pero a través de la cruz. Porque en la cruz Dios perdonó nuestras culpas y olvidó nuestros pecados, es a partir de entonces que todos lo van a conocer, desde el más pequeño hasta el mayor de todos, como escuchamos en la primera lectura.

Tiene que ser a través de la cruz, para que la mirada que pusieran ellos, y la que pongamos nosotros en él, produzca muchos frutos. Es desde la cruz en donde Jesús hace tuyas las palabras del salmo: “Enseñaré a los descarriados tus caminos y volverán a ti los pecadores.” Es en la cruz en donde Jesús es levantado. Donde se manifiesta la altura de su amor por nosotros, y donde nos atrae a todos.

Una antigua costumbre de la Iglesia, que en algunos lugares se conserva, es cubrir las cruces con un velo este día. El velo se retira el Viernes Santo, en el rito de la adoración de la cruz, mientras se dice: “Miren el árbol de la cruz”. Nosotros queremos ver a Jesús, como los griegos. Esa es nuestra petición. Y lo veremos el Viernes Santo, ya no como grano sino como árbol. Lo veremos, nos arrodillaremos ante él, y lo adoraremos.

El pasaje del Evangelio que leímos se desarrolló unos días antes de la Pascua. La hora de la crucifixión estaba cercana. Y Jesús sentía miedo de lo que iba a suceder, como él mismo lo dice. Ante el miedo, Jesús no pide que lo libre de la muerte, porque para eso había venido. No bastaba con que se hubiera encarando. Era necesario que muriera, como el grano de trigo, para producir fruto.

Al decir que si el grano de trigo muere produce fruto, Jesús nos enseña que no hay resurrección sin muerte. Nos enseña el secreto de la vida: no hay triunfo sin sufrimiento; no hay alegría sin dolor. Con eso le da respuesta a muchas de las preguntas profundas que nos hacemos, ¿por qué hay dolor? ¿por qué hay muerte? Todo eso tiene un sentido: la resurrección.

Cuando el miedo o el dolor te consuman, recuerda que el sufrimiento no es en vano. El dolor produce un fruto. Ahora no lo ves, pero con el tiempo, de ti brotarán raíces, surgirá un pequeño tallo que posteriormente se convertirá en un árbol frondoso, con muchas flores y ricos frutos.

La muerte de Jesús era el plan divino de la salvación universal. Solo así se manifestaría el triunfo de la Vida sobre la muerte y la victoria del Amor sobre el odio. Y Jesús se sometió al plan. Como dice la segunda lectura, a pesar de que era el Hijo, aprendió a obedecer padeciendo y se convirtió en la causa de la salvación.

Jesús obedeció porque amaba a su Padre. Jesús padeció porque nos ama. Nosotros estamos llamados convertirnos en otros granos de trigo, a vivir por amor que, paradójicamente, es perder la propia vida por amor a Dios y a nuestros semejantes.

Habrán a quien Dios le pida perder la vida en el martirio. Pero a todos nos pide que por amor a él muramos a nosotros mismos, a nuestros rencores, a

nuestras comodidades, y que perdonemos, que ayudemos a los demás en todo lo que necesitan.

Te pedimos, Señor, que las obras de misericordia que hemos practicado en esta Cuaresma, al estar debajo de la tierra, debajo de la ceniza, fructifiquen, se multipliquen a partir de ahora; que no tengamos miedo de entregarnos a los demás por amor a ti.

Los griegos le dijeron a Felipe que querían ver a Jesús. Nosotros le pedimos lo mismo a María, al rezar la Salve: muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre. Hoy te pedimos, Señora, que nos permitas acompañarte a los pies de la cruz, para ver a tu fruto produciendo su fruto, nuestra salvación.

Domingo de Ramos en la Pasión del Señor

“Jesús, dando un fuerte grito, expiró.”

Tras escuchar esas palabras, todos nos hemos puesto de rodillas y hemos permanecido en silencio. No son palabras que se digan de rodillas, como al recordar la Encarnación, en el Credo, en Navidad o en la solemnidad de la Anunciación. Nos ponemos de rodillas ante el silencio que se hizo en el mundo porque la Palabra hecha hombre murió por nosotros.

Arrodillarse es el gesto de mayor reverencia y humildad. Reconocemos lo poco que somos a la vez que adoramos. Este gesto es una invitación para vivir así toda esta Semana Santa, en la que terminará la Cuaresma y celebraremos el Triduo Pascual. Vivámosla postrados ante los misterios y en silencio, para poder escuchar lo que Dios quiere decirnos a cada uno desde la cruz.

Después de esta pausa de silencio, leímos que “el velo del templo se rasgó en dos”. Así se significó el fin del antiguo culto, porque Jesús se había entregado de una vez y para siempre al Padre en expiación por nuestros pecados. El acto definitivo de culto se había realizado, y ahora, en cada Misa lo renovamos. Al rasgarse el velo se hizo visible que se partió la división entre Dios y los hombres, y quedó abierto el Cielo para que nosotros podamos entrar en él.

En la liturgia, este día se llama Domingo de Ramos en la Pasión del Señor. Ese nombre es una invitación para vivir la Pasión como la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén. Y es que, al morir, Jesús entró en la Jerusalén celeste para abrirnos las puertas y permitirnos entrar.

La liturgia sugiere cantar el salmo 23 durante la procesión de entrada. Ese salmo dice: “¡Puertas, ábranse de par en par; ¡agrándense, portones eternos, porque va a entrar el rey de la gloria!” De esta forma nos invita a abrir las puertas de nuestra alma, para que en esta semana entre Jesús hasta lo más recóndito de nuestro ser, y lo purifique con su sangre. Es una invitación a rasgar nuestro corazón, como se partió el velo del templo, para que

Señor, nos hemos preparado durante toda la Cuaresma para pedirte que en esta semana entres tú en nuestra alma; toma posesión de nosotros; reina en nuestros corazones; camina sobre las ramas y los mantos del ayuno, de la oración y de las obras de misericordia que hemos ido colocando para que te sirvan de alfombra.

¿Y en qué consiste abrirnos a Jesús? Hay algo de tu vida y de la mía que no queremos tratar con él en la oración, porque sabemos que nos pedirá cambiar y no queremos dejar eso, porque estamos apegados. Esa persona... Esa actitud... Esa cosa... Cada quien sabe. Quitá los tapujos esta Semana Santa. Aunque duela, permítele hablarte de eso. Y que eso muera en ti, para resucitar con Cristo.

En el relato de la Pasión que escuchamos no se menciona a María. Pero en otros relatos, sí aparece, porque ahí estaba. Estaba y no decía nada. Sufría en silencio. Pero, seguramente, intercambiaba miradas con su Hijo y con los ojos se decían todo.

En ese silencio vivía lo que le había profetizado Simeón: “una espada te atravesará el corazón” (Lc 2, 35). Ante la cruz, Madre nuestra, te pedimos que nuestro corazón se rasgue como el tuyo, para que tu Hijo habite y reine en él. Hosanna.